

hoy nos dedicamos; el beneficiado quiso elevarlo á la altura de la ópera; pero estando dicho género en su infancia, no lo pudo verificar, pues encontraba el escollo de que los actores no eran cantantes ó viceversa: sin embargo, desde aquella época que data de diez años, se propuso él en unión de otros maestros, enseñar á personas que reunieran las cualidades indispensables para abrazar ambos géneros; pero adaptándose á las de los cantantes más que á las de los actores, empezaron á componer óperas, entre las que descuella la que hoy se ofrece. Yo, confiado en que ésta es sin disputa la mejor que posee el repertorio español, y á pesar de haber tenido que vencer grandes obstáculos (uno de ellos es la pronta partida de la compañía, por lo cual es de abono), no he titubeado en la elección y presento ante el público ilustrado de México, la obra acabada, original de D. Francisco Camprodón, música del maestro D. Emilio Arrieta (autor de varias óperas italianas como la *Ildegonda*, la *Conquista de Granada*, y otras que han tenido grande aceptación en Milán).''

La representación de *Por seguir á una mujer*, obra elegida por Birelli para su beneficio, se dió en la noche del Domingo 17, aniversario del fallecimiento de Enriqueta Sontag. La obra de Olona se repitió el lunes 18, en provecho de Carminati, y después, la Compañía Freixes marchó para Puebla, cuyo teatro tenía tomado, y en él trabajó con muy buen éxito.

CAPITULO IX

1855.

Estaba aún en su primer mes de abono la Compañía Freixes, cuando con grata emoción se supo en México que el jueves 3 de Mayo y en el Paquete Inglés llegado ese día á Veracruz, había venido y desembarcado en ese puerto la eminente actriz D.^a Matilde Díez, *la perla del Teatro Español*. Nacida en Madrid el 27 de Febrero de 1820, tales fueron sus disposiciones y vocación prontamente reveladas, que á los doce años de edad y al lado del primer actor D. José García Luna, en el teatro de Cádiz y en 1832 se presentó al público, desempeñando el papel de la protagonista en *La Huérfana de Bruselas*. En 1833 repitieron ambos actores la misma obra en Sevilla, y al saberse cuánto había entusiasmado en las dos capitales andaluzas, Matilde Díez fué contratada para Madrid por la Empresa de Grimaldi en 1834

Asomaba entonces en España una nueva época para la literatura y para el teatro, época llamada del romanticismo, que á vuelta de no pocos errores y extravagancias, dió á conocer todo lo que hay de grande, bello y sublime en el arte dramático. Las cualidades con que había dotado la naturaleza á Matilde, la hacían igualmente apta para la ligereza y naturalidad de la comedia, y para las grandes pasiones, los poderosos arranques y la exageración de la escuela romántica. Así es que en 1834 y 35 el público de Madrid, con el mismo entusiasmo aplaudió á aquella artista de quince años, en las comedias festivas y en los dramas terribles, en *La hija en casa y la madre en las máscaras* y en *El verdugo de Amsterdam*. El 25 de Marzo de 1836, Matilde dió su primer beneficio con la *Clotilde*, de Federico Soulié, y por primera vez desde los tiempos de Máiquez, el público llamó á las tablas á la actriz al concluirse la representación, honor que no se prodigaba, como hoy, á cualquier cómico de escaso mérito. Aquella demostración significaba, entonces, mucho, tanto como poco significa hoy. En el mismo año de 1836, Matilde arrebató en Barcelona, como había arrebatado en Madrid, en Sevilla y en Cádiz, con su voz mágica, con sus miradas de fuego, con su superior belleza, con su asombroso genio. *Catalina Howard*, *Margarita de Borgoña*, *El Pilluelo de París*, *El Trovador*, *Clotilde*, *La niña boba*, *María Estuardo*, *El arte de conspirar*, *El poetaastro*, *Angelo*, *Sor Teresa* y cien obras, le valían tantos triunfos como representaciones.

Joven y hermosa la actriz, llena de gloria, con envidiable porvenir, la mano de Matilde era una fortuna para quien la mereciese entre sus infinitos pretendientes: Matilde eligió entre ellos, uno que tuviera, como ella, el alma de artista y fuese capaz de acompañarla en su carrera de triunfos, y durante su permanencia en Barcelona, por poderes contrajo matrimonio con otro insigne artista, D. Julián Romea, distinguido poeta y distinguido actor. Desgraciadamente, en el teatro el matrimonio es casi imposible, y el de Matilde y Romea fué de los más desgraciados. Mientras uno y otro artista pudieron vivir unidos, hicieron la delicia de los públicos de Granada, de Madrid, de Sevilla, de Cádiz, de Barcelona, de Málaga, de Valencia, de la Coruña, de Santander, de cuantos teatros tuvieron la fortuna de ser por ellos visitados. Al crearse é instalarse lo que se llamó el Teatro Español, Matilde fué la primera con quien se contó para figurar á su frente, como que era y siguió siendo la más alta expresión de su arte, por su talento, por la dulzura de su voz, por su delicado sentimiento, por las facultades que poseía; facultades de que ninguna otra actriz española dispuso en más alto grado, pues las más famosas de su tiempo pudieron, quizá, igualarla, pero no serle superiores. Todos los grandes poetas españoles, y en esa época los hubo muy grandes, escribieron para ella, y con ella compartieron sus memorables triunfos

escénicos, y los Liceos y Academias, y la misma Real Casa, se honraron honrando á la eminente artista.

En Setiembre de 1853 Matilde llegó á la Habana, donde hizo una campaña artística brillantísima, y después de recorrer las principales poblaciones de Cuba, se embarcó para México, y, como queda dicho el 3 de Mayo de 1855, pisó las playas de Veracruz, y el siguiente, 9, entró en nuestra Capital, saludada por una multitud de todas las clases sociales, que, según la costumbre, salió al Peñón á recibirla y darle la bienvenida.

Pero desde luego se presentó una dificultad, que no sin trabajo se consiguió vencer, para que la eminente actriz española pudiese dar sus representaciones en México. El Teatro Nacional ó de Santa-Anna lo ocupaba la compañía *dramática-zarzuelista* de José Freixes, y no era fácil lanzarla, pues cumplía bien y religiosamente con los arrendatarios que lo eran los Hermanos Mosso: éstos que también disponían del Teatro Principal, pretendieron que Freixes pasase á ese antiguo Coliseo; pero Freixes se negó á hacerlo, considerando que el público más ó menos escaso que concurría á sus funciones disminuiría ó desaparecería en el Principal, perjudicándose con la competencia de un espectáculo más nuevo en el Gran Teatro. Por fin hubo de convenirse en que la Compañía Freixes y la Compañía Matilde Díez trabajarían unidas hasta cierto punto; en el mismo Nacional, y en este concepto se abrieron dos abonos de doce funciones cada uno, alternándose los dos espectáculos. El prospecto anunciándolo así, se publicó el 17 de Mayo.

En el susodicho programa se leía:

“D^a Matilde Díez se propone permanecer en México una temporada de tres meses, en cuya época tomará parte en algunas funciones dramáticas. Este primer abono comenzará el próximo viernes 18 del corriente, se compondrá de doce funciones, y tomará parte en nueve de ellas Matilde Díez. La lista de los actores que forman la Compañía es la siguiente: Matilde Díez, Adelaida Robreño, Carmen Planas, Juana Díez, Manuela Tapia, Dolores Montoro, Josefina Andrea: Manuel Catalina, José Robreño, Juan Catalina, Daniel Robreño, Pablo Miranda, Vicente González, Joaquín Armenta, Francisco Robreño, Miguel Ojeda:—*Bailarines*, Mercedes Pavía, Dolores Montoro, Francisca Pavía.—Luis Pavía, José Camacho, Francisco Pavía. La primera actriz Francisca Muñoz, tomará parte en algunas funciones de este abono. También se espera á la primera actriz Carlota Armenta, que por hallarse indispueta no verificó su viaje en unión de la Compañía.

“*Precios de abono.*—Plateas y palcos primeros con ocho entradas, cuarenta y cinco pesos: Segundos, cuarenta: Terceros, treinta y cinco: Balcones, ocho pesos cuatro reales: Lunetas, ocho pesos: Galería, dos pesos cuatro reales.”

Como estaba anunciado, en la noche del viernes 18 de Mayo de 1855 la Compañía de Matilde dió en el Gran Teatro de Santa-Anna su primera función, poniendo en escena el drama de Rubí, *La trenza de sus cabellos*, y la comedia en un acto, *La pena del Talión*. Mercedes, Francisca y Luis Pavía, bailaron *La gitánilla y el curro*.

Hé aquí el juicio que de la artista formó *El Omnibus*, bien escrito periódico de esa época:

“El salón de espectáculo estaba lleno desde muy temprano por un público distinguidísimo que esperaba con ansia la hora de la representación. Por fin, se alzó la cortina, y cuando la Sra. Díez apareció en escena, el público, galante, cumplido, la saludó con sus aplausos.

“La Sra. Díez es una notabilidad en su arte; su modo de decir es una cosa extraordinaria; da á las expresiones un sentido inesperado que sorprende, que es superior al pensamiento del autor; sus transiciones son propias y delicadas; desde que empieza el drama, hasta que concluye, conserva el carácter de la protagonista con un aplomo admirable, sorprendiendo siempre al espectador, conmoviéndolo y cautivándolo.

“Creemos que en esa noche, tal vez por el cambio de clima, estaría algo indispueta, porque su voz estaba muy velada. La actriz domina la escena con un ademán, con una mirada; su fisonomía manifiesta con gran verdad los diferentes afectos que la conmueven, y en los distintos aspectos que toma se admira la verdad de la pasión.

“Del carácter de Inés, en *La trenza de sus cabellos*, al de Juana, en *La pena del Talión*, hay tanta diferencia como la que existe entre la tristeza y la alegría.

“La Sra. Díez, maestra en su arte, caracteriza tan bien á la apasionada Inés como á la vivaracha Juana, sin dejar que desear á la perfección de ambos caracteres. El público, justo apreciador del mérito, la aplaudió como merece, y al final del tercer acto del drama, la llamó al palco escénico arrojándole una lluvia de versos y ramilletes.”

A ésto añadió *El Siglo*:

“Basta verla en este drama, para reconocer que la Díez goza de la más legítima y merecida celebridad, que su mérito es superior á cuantos elogios puedan prodigársele, que es una artista de primer orden, que reina en la escena y, en fin, que está inspirada por ese fuego sagrado que se llama genio.

“Su voz es suave y agradable y tiene trinos y modulaciones para todos los afectos; suena halagadora si expresa el amor purísimo de la mujer: conserva en el drama una dignidad perfecta, su acción es desembarazada, natural, maestra. Vence las mil dificultades aglomeradas por el poeta, hace verosímil la creación más desgraciada de Rubí, y parece haber hecho un acabado estudio de la naturaleza en ese

misterio insondable de la locura. Los más habituados á las impresiones de teatro, se estremecieron al mirarla en su primer acceso de demencia, palidecer un instante, enclavijar las manos, llevarlas después á las sienes como para arrancarse la idea que la atormenta, tocarse después el cabello que positivamente se vió erizado, caer abatida y prorrumpir al fin en una carcajada convulsiva que deja un eco desgarrador y siniestro: sus ojos vagan de una manera triste, parecen querer saltar de sus órbitas, su boca se contrae, su seno se agita..... La ilusión es completa. En el segundo acto del drama es verdaderamente admirable, y sin embargo, todavía nos pareció superior en el tercero: la larguísima escena del delirio con D. Juan, no dejó que desear; la actriz mantuvo viva la ansiedad del espectador. Al ir á traer la trenza, temerosa de que se la roben, su acción fué magnífica á fuerza de naturalidad. En el final, al sentir el primer vislumbre de razón, al recordar lo pasado, al cerrar los párpados como para reconcentrarse más en sí misma, al sentir el llanto que amenaza romper el pecho sin humedecer aún los ojos, se elevó á una altura inmensa, mostró que es artista de primer orden, que comprende y expresa las situaciones más difíciles, que no se le escapa ni el pensamiento más delicado del poeta, sino que, por el contrario, le presta nueva vida. Actriz de escuela francesa en cuanto á la expresión, la Díez no se olvida de la armonía de la versificación castellana, no recarga los acentos, pronuncia con claridad y dulzura y á veces encuentra la más extraordinaria energía. Al principio pareció ceder á la emoción del estreno, y por esto acaso parecía su voz un poco velada. Después se repuso, y el público la colmó de aplausos en todos los pasajes de mayor interés, la llamó á la escena después del tercer acto y le arrojó una lluvia de flores, coronas y ramilletes. El teatro estuvo enteramente lleno."

Con ser tan grandes los elogios que he copiado, ninguna exageración hubo ni en la prensa ni en el público, y una y otro celebraron y aplaudieron con estricta justicia. Después de Matilde Díez, hasta hoy no ha habido en los teatros españoles nada que le sea comparable. No diré otro tanto del resto de su Compañía que fué una de las primeras que nos ha visitado, formada por una eminencia entre un coro de medianías vecinas de lo malo. Manuel Catalina nunca fué más que un muy mediano artista: hombre instruído, elegante en su porte y maneras, de muy escogido trato y sociedad, tenía en algunas comedias de costumbres muy buenos papeles: en el drama de cualquiera época que fuese, estuvo siempre mal, aunque otra cosa hayan dicho sus amigos personales, que fueron muchos, y las ligeras hembras que de él se enamoraron, que también fueron muchas. Los demás actores y actrices de aquel cuadro no eran superiores á los que en México teníamos, y varios fueron muy inferiores. La temporada artística fué

débil en consecuencia, y más aún la hicieron las pequeñas intrigas de los cómicos, lo mismo españoles que mexicanos, residentes y radicados en la Capital, en que la novedad de Matilde y el monopolio de teatros los había dejado sin trabajo.

El órgano principal de esa oposición y de esas intrigas fué el ya nombrado periódico *El Omnibus*, que inmediatamente después de celebrar á la insigne Matilde Díez, añadía:

"Después de Mayo, Diciembre: después de la Sra. Díez, el Sr. Catalina (D. Manuel). — Sentimos decir que este señor, no es para el drama. Su voz no se presta á las modulaciones del sentimiento, le falta la sensibilidad y también el vigor de la pasión. Sus transiciones son muy duras, su alma de hielo. — Acaso este señor sentirá mucho en su interior, pero le falta esa gran cualidad que es indispensable para todo actor dramático: *la sensibilidad comunicativa*, sin la cual es imposible conmover al espectador. — El Sr. Catalina no conmueve: el viernes, el único momento en que estuvo algo feliz, fué en el tercer acto, cuando reconoce la trenza que le da Inés; pero exageró mucho, y sobre todo, prolongó tanto la acción, que traspasó los límites de la verdad, cayó en trivialidad, y en lugar de conmover al público, lo fatigó. — Notamos además que habla demasiado aprisa sin dar lugar á que los conceptos penetren en el alma de los oyentes, y todo esto hace que no estén bien en su boca las tiernísimas frases de un galán enamorado; en suma, su voz, sus ademanes, son más propios para la comedia que para el drama, y creemos que en los papeles cómicos podrá obtener triunfos que sinceramente le deseamos. — Los Sres. D. Manuel y D. José Robreño, que desempeñaron, el primero el papel del *Conde* y el segundo el del *Doctor*, son excesivamente monótonos en el modo de hablar, con la diferencia de que el primero es frío y el segundo toma cierto tono de sentimentalismo del cual no sale por nada de este mundo. — El Sr. D. Daniel Robreño, todo nos pareció excepto un conde y menos un padre que ve padecer á su hija; la frialdad de este actor ante la dolorosa situación de Inés, es inmutable como el resultado de una operación aritmética. El intermedio de la función de que hablamos, fué el baile intitulado *La gitanilla y el curro* ejecutado por los hermanos Pavía, que ya son conocidos del público quien les hizo repetir el baile llenándoles de aplausos.

"Sentimos parecer tan severos al dar cuenta de la primera función de la *Compañía dramática* de la Sra. Díez; pero en primer lugar, juzgamos según nuestra conciencia; en segundo, se nos anuncia una *compañía dramática*, y en tercero, que en México hemos visto *muy buenos cuadros* de actores dramáticos, para que se nos quiera hacer comulgar con ruedas de molino. Anunciar al público de México una *compañía dramática*, y presentarle una sola notabilidad digna de su renombre, acompañada por actores que no la ayudan á brillar, es ex-

ponerse á un desengaño muy duro, porque, como repetimos, que en México hemos visto muy buenos cuadros dramáticos, el público cree que engañarlo de este modo, es burlarse de su indulgencia, abusar de su bondad.

“No sabemos á quién echar la culpa de este abuso; pero nos parece que el comisionado de la empresa, para traer la actual compañía, ya que así se quiere que se llame, no tiene conocimiento del arte dramático y conoce muy poco á nuestro público. Si no fuera esto, habría traído una buena compañía, porque además de lo desagradable que le es al público que lo engañen, resulta que, al ver representar á nuevos actores un drama que ya ha visto, haga recuerdos y comparaciones que tal vez pueden ofender á alguna persona. Basta por ahora, y veremos en adelante. El público está contento de Matilde; pero no de los demás actores.”

En su número del martes 22, *El Omnibus* decía:

“Anteanoche hizo su segunda salida en nuestro teatro, la Sra. Matilde Díez. *La Escuela de las coquetas* es una comedia muy vista del público, y sin embargo, agradó anteanoche. La Sra. Díez estuvo muy feliz en el desempeño del papel de *Clara*, y recibió aplausos muy merecidos. Las Sritas. Planas y Robreño, que acompañaron á la Sra. Díez en la representación, son dos jóvenes que acaso adelantarán. Los Sres. Armenta y Mendoza tienen muy poco trabajo en la comedia de que se trata, y aunque quisieran hacer algo para dar á conocer las facultades que tal vez tengan, les es imposible hacerlo en papeles semejantes. El carácter de la *Duquesa*, lo hemos visto otras veces representado con mucho aplauso en el último acto, en la escena entre ella y *Rompelanzas*. El Sr. Catalina (D. Juan), que hizo al *General*, no comprendió las situaciones en que se encuentra el personaje, y daba pena verlo trabajar al lado de la Sra. Díez. En prueba de lo que decimos, citaremos la escena del segundo acto, entre *Clara* y el *General*, escena en que éste, apasionado, ciego de amor por la *Duquesa*, hace que ya no la ama y que la desprecia. En esa situación, el Sr. Catalina debió manifestar dos sentimientos diferentes, el desprecio para con *Clara*, porque era á quién quería engañar, pero al público debió hacerle ver la aflicción, el dolor, las angustias de su alma, tanto por las coqueterías de la *Duquesa*, cuanto por el dolor que le causaba fingir que la despreciaba, cuando se moría de amor por ella. El Sr. Catalina no comprendió ésto, y estuvo tan frío para *Clara* como para el público.

“El Sr. Catalina (D. Manuel), es otro actor muy diferente del que vimos trabajar la otra noche; en el drama no agrada, en la comedia de costumbres está bien, sin que por esto se crea que no tiene que criticársele. Hemos notado que muchas veces hace reticencias tan largas, que destruyen el efecto de las palabras, como sucedió

anteanoche, al final del segundo acto. En honor de la justicia, debemos decir que la escena en que estuvo perfectamente bien, fué en la del tercer acto, con la Sra. Díez, á pesar de que al concluir, la exageró un poco. Por otra parte, el papel de *D. Valentín Rompelanzas*, no es un papel de prueba para un actor; el público aplaude y celebra las ocurrencias del autor, y el actor tiene muy poco que hacer para captarse la aprobación del espectador, porque la sola bondad del papel, con tal que el actor que lo desempeñe lo haga medianamente, hará que la concurrencia le aplauda y le celebre. En vista de esto, concluimos que, para juzgar de las facultades cómicas del Sr. Catalina, necesitamos verle representar una comedia en que sea aplaudido por su habilidad, por su trabajo. Quisiéramos verle en el *Amante Universal*. De la pieza no decimos nada, porque nos salimos del teatro cuando concluyó la comedia.”

Dos días después, el 24, *El Omnibus* y los intrigantes que le inspiraban, se descararon más, contestando á un remitido publicado en *El Siglo*, en elogio de la compañía de Matilde Díez, que trabajaba casi sin apuntador. Hé aquí como se expresó *El Omnibus*:

“El remitente dice en su artículo que el no oírse al apuntador en el teatro de México, es una novedad, porque los mexicanos estamos acostumbrados á concurrir á las representaciones dramáticas *pagando sencillo y escuchando doble*. Esto que al articulista le sorprende, no nos sorprende á nosotros, porque el público de México ha sido tan exigente con las compañías que han trabajado en nuestros teatros, que no satisfecho con querer veintidós funciones al mes, y cuento distinto todas las noches, nunca ha estado contento si no le han dado dos comedias nuevas cada semana, y tres y cuatro en tiempo de beneficios. Que no se oiga al apuntador de esta. . . . *compañía*, no es nada extraño, porque las comedias que los actuales actores están representando, las han hecho muchísimas veces, las saben como sus nombres de bautismo, y han tenido sobrado tiempo de estudiarlas y repasarlas, motivos por los cuales hay actores que las desempeñan muy bien, y no necesitan del apuntador para maldita la cosa. Haga esta compañía el insoportable trabajo que han hecho las otras en nuestros teatros, y estamos seguros de que si antes tenía el público que oír hablar alto al apuntador, hoy le oiría desgañitarse, y las comedias saldrían malísimamente representadas, porque estos actores no están acostumbrados á trabajar al oído.”

Poco después, aquellos ataques dejaron descubrir de dónde y de quiénes partían, al decir el mismo periódico:

“Parece que nos vamos saliendo con nuestro propósito. Anteanoche desempeñó muy bien el Sr. Catalina (D. Manuel), el papel de *D. Fernando Torrente* en la comedia *El arte de hacer fortuna*. Nos alegramos sinceramente de su triunfo, y sentimos que el resto de la com-

pañía no hubiera contribuido á él. No hay remedio, los concurrentes al teatro deben contentarse con ir á ver trabajar en el drama y en la comedia á la Sra. Díez, y en el género cómico al Sr. Catalina, porque lo demás del cuadro dramático, es sumamente débil. Si con los buenos actores que actualmente trabajan y con *los que hay aquí, forma la empresa una verdadera compañía dramática*, el teatro progresará, el público estará contento, y la empresa tendrá buenos productos.”

Pero como esa empresa no mostrase disposición á darse por entendida, ni á cargar su presupuesto con nuevas contrataciones de actores, *El Omnibus* dijo claramente lo que pretendía, publicando en sus columnas lo siguiente, con carácter *de remitido*:

“Cada función en que trabaja la eminente actriz española D^a Matilde Díez, da á conocer más su talento y maestría en el arte difícil de la escena; lo mismo sucede con respecto al apreciable y simpático joven D. Manuel Catalina; pero en cada función se da á conocer también más y más lo débil é incompleto que es el cuadro de la compañía, sobre todo, en la parte de actores. Los Sres. Robreños, excepto D. José y el joven galán Miranda, apenas podrían haber desempeñado papeles muy secundarios en las compañías que han trabajado otros años en el gran teatro de Santa-Anna. No hay un barba para los caracteres de este género que requieren fuerza é inteligencia, tanto en el drama como en la comedia de costumbres, y en que ha lucido siempre el distinguido actor D. Juan de Mata, como tampoco un galán joven para muchos papeles, como el que se encargó á Miranda en la pieza de Olona que se representó el viernes último, y en que hubiera trabajado muy en armonía con Catalina, el apreciable D. Manuel Fabre, joven de talento, muy elegante, y que en muchos papeles dramáticos ha merecido la aprobación y los aplausos del público inteligente é ilustrado.

“Necesario es reforzar el cuadro de la compañía, incorporando á él dos ó tres actores del mérito de los que hemos indicado, así como á la Srita. D^a Pilar Pavía, y cuyos primeros ensayos en el teatro de México anunciaron desde luego sus admirables disposiciones para el arte dramático, en que sabemos ha hecho bajo la dirección de la entendida actriz D^a Concepción Samaniego, notables adelantos.

“Si la empresa desea captarse la benevolencia del público, lo que además influirá muy favorablemente en sus intereses, debe obsequiar las insinuaciones que se le han hecho sobre este punto, no retardando más el ajuste de los actores que tanta falta hacen para el más lucido y cabal desempeño de las representaciones dramáticas.

“A esto, añadimos nosotros, que si la empresa ajusta nada más al Sr. Mata, sin duda que adquirirá un buen actor, pero no por eso dejará de quedar débil la compañía. En cuanto al Sr. Fabre, quien en la pieza de Olona, *Alsa y baja*, ha desempeñado con mucha elegancia,

con mucha finura, con mucha maestría, el papel que hizo el Sr. Catalina, y que está tan bien en el drama como en la comedia, creemos que no puede ajustarlo la empresa, porque se halla comprometido á trabajar este año y el que entra en el interior, á menos que alguna circunstancia le obligue á rescindir su compromiso.

“La empresa, pues, debe formar su compañía dramática, ajustando no sólo al Sr. Mata, sino también á los Sres. Castro, Viñolas, Servín, Padilla y otros; además de éstos, á algunas de las primeras actrices que hay en México, y sólo así tendrá un verdadero cuadro dramático, porque el que actualmente está trabajando, no vale la pena de que se le vea dos veces.”

La empresa no dió señales de inmutarse ni de estar dispuesta á obsequiar los sentimientos caritativos del periodista, que dolíase de que los actores sus amigos anduviesen escasos de recursos y de que no se les proporcionase, contratándolos, la artista española. Para que no se suponga invención nuestra la especie, véase cómo la asentó en letra de molde el citado *Omnibus* de 9 de Junio: “La compañía dramática que muchos años ha trabajado en esta Capital, se halla hoy sin local en que dar representaciones. . . . Invitamos á S. E. el Ministro de Fomento á dictar las disposiciones necesarias para que esos actores puedan trabajar, pues no es justo que muchos hombres de bien estén sin trabajo, no teniendo donde ganar honradamente lo necesario para sus familias.” El periodista no discurrió nada menos que el proponer “que se diese á esos actores el Teatro Nacional las noches en que no trabajase la Sra. Díez para que alternase con ella como lo había hecho la compañía Freixes,” y encontrando bueno á ese propósito hasta el invocar el poder dictatorial entonces dominante, añadía en el mismo párrafo: “De la justicia de Su Alteza Serenísima esperamos se nos escuche: Su Alteza Serenísima el General Presidente, ama á su patria, desea sus adelantos, sus progresos: su acendrado patriotismo comprenderá que es razonable lo que pedimos, y su justicia tomará una determinación que le honre y que haga un bien á su país.”

Pero Su Alteza Serenísima andaba demasiado preocupado con el crecimiento de los revolucionarios de Ayutla, que estaban en visperas de dar al traste con *la dictadura*, y además tenía en aquello ó para aquello sobrado buen juicio, y no hizo caso alguno de la adultería excitativa. Fué necesario cambiar de táctica y entonces se atacó á la compañía porque estrenaba comedias en funciones de tarde, sin haberlas dado antes en las de las noches, y porque no ponía en escena obras mexicanas. Hé aquí, como demostración, otro párrafo de *El Omnibus*: “Varios señores abonados quieren que, por medio de nuestro periódico, hagamos presente á la Empresa lo descontentos que están, porque debiendo ser ellos los preferidos, á los concurrentes por las tardes se les dan dramas nuevos. Los señores abonados nos han dicho